

# El club de los pirómanos



# **El club de los pirómanos** para incendiar casas de escritores

*Brock Clarke*

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *An arsonist's guide to writers' homes in New England*

Copyright © Brock Clarke, 2007

*All rights reserved*

© por la traducción, Juanjo Estrella, 2009

Primera edición en esta colección junio 2009

© Duomo ediciones, SL

Calle La Torre, 28 Bajos 1ª Barcelona 08006 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

DEPÓSITO LEGAL: B. 25.591-2009

ISBN: 978-84-937030-59

Composición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

[www.grafime.com](http://www.grafime.com)

Impresión y encuadernación:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

*Printed in Italy* – Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Transcurrida una hora divisamos una población lejana, acurrucada en un valle, a orillas de un río serpenteante. Y, más allá, sobre una colina, se alzaba una gran fortaleza gris, con almenas y torreones, la primera que yo veía de verdad, no retratada.

–¿Bridgeport? –pregunté, señalándola.

–Camelot –respondió él.

*Un yanqui en la corte del rey Arturo*, MARK TWAIN

Las memorias escritas por los miembros de la Asociación Autobiográfica... contaban de entrada con varios elementos en común. Uno de ellos era la nostalgia, otro la paranoia, un tercero el afán descarado de los autores de gozar de la aprobación de los demás. Creo que, probablemente, vivían sus vidas sobre el principio de que lo que eran, lo que hacían, lo que deseaban, debía, sobre todas las cosas, parecer bueno. Pasar a máquina aquellas redacciones y extraer de ellas algo de sentido era una agonía para mi espíritu, hasta que di con el método para empeorarlas hábilmente: y todas las partes se mostraron encantadas con el resultado.

*Merodeando con aviesa intención*, MURIEL SPARK



*Primera Parte* 



# 1

Yo, Sam Pulsifer, soy el hombre que incendió sin querer la casa museo de Emily Dickinson en Amherst, Massachusetts, y el que, como consecuencia de ello, mató a dos personas, por lo que pasé diez años en la cárcel y por lo que, según leo en cartas de alumnos de Literatura Norteamericana, seguiré pagando un alto precio en un futuro no demasiado halagüeño. Esta historia ha llegado a ser bastante conocida en el ámbito local, y no abundaré en ella. Tal vez baste con decir que, en el podio de las grandes desgracias, de las horribles tragedias que han tenido lugar en Massachusetts, primero están los Kennedy, después viene la famosa parricida Lizzie Borden y su hacha, a continuación figura la quema de las brujas de Salem, y luego ya aparezco yo.

Bien, el caso es que cumplí condena, y como el juez se había apiadado de mí, la cumplí en una cárcel para presos de peligrosidad baja, en Holyoke. En Holyoke encerraban a analistas de bonos y a abogados y a especuladores de corto plazo y a directivos municipales y a gerentes de escuelas, todos ellos pillados con las manos en la masa, y muy distintos a mí, pirómano accidental y asesino de dieciocho años, que tenía las manos manchadas de sangre y hollín, mucho dolor en el corazón, bastante que aprender, pero que no se había sacado aún el título de bachillerato. Intenté esforzarme al máximo. Me apunté a un seminario bisemanal de autosuperación que llevaba por título «La Universidad del Yo», en el que aprendí las reveladoras virtudes de la paciencia, el

trabajo duro y la actitud positiva, y con el que obtuve un título que equivalía al de secundaria. También me relacioné con un grupo de analistas de bonos de Boston amantes del riesgo que cumplían condena por hacer mal uso de información confidencial. Mientras estaban encarcelados, los analistas de bonos habían empezado a escribir unas memorias insólitas, muy autoindulgentes, en las que relataban todos sus delitos y sus faltas de guante blanco, y contaban toda la pasta gansa –así hablaban ellos– que habían ganado mientras se dedicaban a dar por culo a jubilados, a los que dejaban sin sus fondos de pensiones, y a niños, que perdían los ahorros que sus padres les reservaban para la universidad. Aquellos tipos parecían saberlo todo, dominar el vocabulario de la ganancia y el progreso material, de modo que yo prestaba mucha atención cuando, en los talleres de escritura de memorias, se entregaban a sus tormentas de ideas, y escuchaba sin perder detalle durante los debates en los que discutían hasta qué punto el público lector debía conocer o desconocer sus infancias torturadas para comprender por qué les hacía falta ganar tanto dinero del modo en que lo ganaban. Yo tomaba notas mientras ellos dividían el mundo entre quienes se dejaban quitar las cosas y quienes las quitaban, entre quienes hacían cosas malas pero las hacían bien –con gracia, sin esfuerzo–, y los metepatas, que se dedicaban a meter la pata por la vida.

–Metepatas –dije yo.

–Sí –respondieron ellos, o al menos uno de ellos–. Los que siempre meten la pata.

–Ponedme un ejemplo –les pedí, y ellos me miraron con aquellas miradas azules, aceradas, con las que nacían, y que no les hacía falta aprender en instituciones como Choate o Andover, y siguieron mirándome así hasta que me di cuenta de que el ejemplo era yo, y eso fue lo que aprendí de ellos: que yo era un metepatas. Me resigné, y no me hice ilusiones de llegar a ser algo más; un analista de bonos, o un escritor de memorias, por ejemplo, y seguí adelante. Adelante con la vida, quiero decir.

De todos aprendía algo, que de eso se trata, incluso cuando tenía que esquivar al inevitable violador de mi celda, un auditor simpático pero retorcido de Arthur Andersen que se encontraba en pleno proceso de descubrimiento de su verdadero yo y que, con voz ronca, implorante, me decía que me deseaba; que me deseaba hasta que le dije que era virgen, lo que era cierto y lo que, por algún motivo, le llevó a dejar de desearme, lo que quería decir que la gente no quería acostarse con hombres vírgenes de veintiocho años, dato que, en mi opinión, no carecía de utilidad.

Y, finalmente, aprendí a jugar al baloncesto con un negro que se llamaba Terrell, lo que constituyó una de las mayores alegrías de mi vida en la cárcel, y que acabó mal. Terrell, que había extendido cheques a su nombre cuando trabajaba como tesorero municipal de Worcester, coincidió conmigo en la cárcel durante mis tres últimos años de condena, y cada vez que me ganaba en nuestros partidos de uno contra uno (lo que no sucedía a menudo, a pesar de que yo era un principiante, porque aunque él era muy fuerte, también era más bajo que yo, y flaco como una boca de incendios; además, me doblaba la edad, y tenía las rodillas hechas polvo, y le crujían como ramas secas cuando corría), cada vez que me ganaba, Terrell decía gritando: «¡Ya soy mayorcito!». A mí aquella expresión me gustaba, y después de nuestro último partido, que gané yo sin dificultad, también grité: «¡Ya soy mayorcito!». Terrell creyó que me burlaba de él y empezó a golpearme en la cabeza, y como yo me pongo pasivo ante las verdaderas muestras de ira, me limité a quedarme en mi sitio, recibiendo la agresión de Terrell sin intentar defenderme. Cuando los guardias se lo llevaban para incomunicarlo, prometió que me pegaría más cuando saliera, algo que no debería haber hecho, porque, claro, los guardias le alargaron la incomunicación. Y cuando finalmente salió de la celda de castigo, yo ya estaba en libertad, viviendo con mis padres.

Lo de vivir con mis padres no terminó de funcionar. Entre otras razones, porque que yo quemara la casa museo de Emily

Dickinson les había roto el corazón, ya que mi madre era profesora de lengua inglesa en secundaria, y mi padre llevaba la editorial universitaria local, y las palabras hermosas eran importantes para ellos. A ellos, las películas o la televisión no les decían nada, pero un buen poema no fallaba nunca, siempre les arrancaba unas lágrimas, o unos suspiros hondos y muy sentidos. Otra razón era que sus vecinos de Amherst no se habían alegrado precisamente al saber que yo había prendido fuego a la casa más famosa de la localidad y, de paso, me había cargado a dos de sus habitantes. Y la tomaron con mis padres. A la gente no le costaba nada dar con nuestra casa vieja y desconchada en Chicopee Street; era la que siempre tenía pintadas en la acera: «¡ASESINO!» (lo que podía entender), o «¡FASCISTA!» (lo que ya no entendía), o alguna cita de Dickinson que parecía prometer venganza, aunque nunca se sabía bien de qué venganza podía tratarse, porque las palabras eran muchas, y el *spray* siempre goteaba, y tal vez por el cansancio de escribir tanto, o tal vez por la emoción, acababan resultando ilegibles. Las cosas no hicieron sino empeorar cuando regresé a casa tras mis años de cárcel. El consejo municipal de las artes organizó una concentración de protesta, y en la prensa la noticia se cubrió con un enfoque negativo, hostil, y los niños del barrio, a los que Emily Dickinson y su casa museo les traía sin cuidado, empezaron a tirar huevos contra la fachada, o a cubrir nuestros nobles abedules con papel higiénico, y durante una época fue como si todos los días celebráramos Halloween. Pero entonces las cosas se pusieron feas de verdad, y alguien rajó las cuatro ruedas al Volvo de mis padres, y en una ocasión, en un arrebatado de cólera, o de tristeza, alguien lanzó un zueco contra uno de nuestros ventanales. Era un zapato de hombre, del pie derecho, de la talla 46.

Todo ello sucedió durante mi primer mes de estancia en casa, tras mi regreso. Cuando hubo transcurrido ese mes, mis padres me sugirieron que me fuera. Recuerdo que era agosto, porque los tres estábamos sentados en el porche delantero, y los vecinos tenían las banderas en los jardines, o sea, que debía de ser entre el

Cuatro de Julio y el Día del Trabajo,<sup>1</sup> y las banderas ondeaban con ganas, y la luz, a través de las hojas del arce y el abedul, era espectral, y todo estaba precioso. Ya imaginaréis lo mucho que me dolió que mis padres me pidieran que me fuera de casa, aunque en la Universidad del Yo ya me habían advertido de que la vida después de la cárcel no sería fácil, y de que no debía engañarme a mí mismo pensando lo contrario.

–Pero ¿dónde voy a ir? –les pregunté.

–Podrías ir a cualquier parte –respondió mi madre.

En aquella época yo creía que ella era la más dura de los dos, que había depositado grandes esperanzas en mí y que, por ello, su decepción había sido mayor. Recuerdo que mi madre no había derramado ni una lágrima durante el juicio, cuando los miembros del tribunal popular entraron con el veredicto, y que en cambio mi padre lloró a moco tendido, sonoramente, y también en ese momento empezaba llorar. Yo no soportaba verlos así: a la una, fría; al otro, lloroso. Cuando tenía seis años, me enseñaron a patinar en un lago del campo de golf que había en Amherst. La capa de hielo era tan gruesa, tan limpia, tan brillante, que las pelotas de golf perdidas y los peces se alegraban de haber quedado congelados en su interior. El sol iluminaba la nieve que seguía cayendo, quitándole algo de frío. Cuando al fin logré patinar por todo el perímetro del lago sin caerme, mis padres me dedicaron una larga ovación: en aquel entonces eran un frente unido de paternidad exacerbada, orgullosa. Pero aquellos tiempos habían terminado. Terminado para siempre.

–Quizá podrías ir a la universidad, Sam –sugirió mi padre cuando recobró la compostura.

–Buena idea –dijo mi madre–. Te la pagaríamos gustosamente.

–Está bien –respondí yo, porque los observaba con detalle, estudiándolos realmente por primera vez desde que había salido de la cárcel, y me daba cuenta de lo que les había hecho.

1. *Labor Day*, en Estados Unidos se celebra el primer lunes de septiembre. (*N. del T.*)

Antes de que incendiara la casa museo de Emily Dickinson, parecían unos estadounidenses normales, saludables y hasta cierto punto felices, que iban de vacaciones, cuidaban del jardín, y que habían superado más de un bache (cuando yo era pequeño, mi padre nos abandonó durante tres años, y cuando mi padre nos abandonó, mi madre empezó a contarme historias sobre la casa museo de Emily Dickinson, y todo esto forma parte de la historia general que voy a contar, que no podría evitar contar ni aun queriendo). Pero ahora parecían esqueletos vestidos con ropa de pana y calzados con mocasines. Tenían hundidos los ojos, que parecían querer retirarse constantemente hasta el fondo del cráneo. Hacía apenas unos minutos yo les había dicho que era virgen, y les había hablado del auditor baboso de Arthur Andersen. Mis padres, hasta donde yo sabía entonces, eran los típicos yanquis pudorosos que se sentían incómodos cuando alguien les hablaba de su vida privada, pero en la Universidad del Yo me habían insistido en que era sano y necesario contárselo todo a las personas que queríamos. Sin embargo, ya empezaba a arrepentirme de haberlo hecho. ¿Por qué castigamos a nuestros padres de ese modo? Resulta inexplicable, a menos que lo consideremos una práctica para cuando tengamos hijos y nos dediquemos a castigarlos a ellos del modo en que lo hacemos.

–Está bien –insistí–. Iré a la universidad. –Y añadí–: Os quiero.

–Oh... Nosotros también –dijo mi padre, antes de echarse a llorar de nuevo.

–Sí, claro, te queremos –dijo mi madre, que se volvió hacia mi padre–: Bradley, deja de llorar.

Esa noche, más tarde, cuando mi madre ya se había acostado, mi padre entró en mi habitación sin llamar, se acercó a mi cama y se agachó, bien para decirme algo, bien para ver si estaba dormido. Yo no estaba dormido: estaba pensando con esperanza en mi futuro, en que iría a la universidad y me labraría una vida limpia, honesta, indolora, y en que mis padres estarían orgullosos de mí cuando lo lograra. Mi padre, con la cintura doblada como es-

taba, parecía una grúa a punto de elevarme por los aires con su gancho, o de aplastarme con su bola de hierro.

–Baja conmigo –me susurró, pegando mucho la cara a la mía en la oscuridad–. Quiero enseñarte algo.

Salí de la cama, le seguí, y mi padre se metió en su estudio, que estaba –como la mayoría de las habitaciones de la casa– forrado de estantes de arriba abajo, llenos de libros que se amontonaban sobre ellos. Se sentó en una silla, abrió el cajón de la mesa auxiliar, sacó una caja de zapatos Converse, de esas en las que se guardan fotografías viejas o felicitaciones de Navidad, y me la entregó. Le quité la tapa y vi que estaba llena de sobres, sobres abiertos con abrecartas. Las cartas iban todas dirigidas a mí, y estaban metidas en los sobres, de modo que fui sacándolas y las leí.

Había al menos cien. Algunas, como ya he comentado, eran de alumnos universitarios de Literatura Norteamericana que me condenaban a arder en los infiernos, etcétera. Hay algo decepcionante en ese género epistolar de odio académico –las tristes alusiones literarias, la resistencia al uso de contracciones–, de modo que no presté demasiada atención a esas cartas. También había algunas escritas por entusiastas de la piromanía normales y corrientes, con sus variaciones menores sobre el tema *Burn, baby, burn*. Aquellas cartas tampoco me afectaron demasiado. El hecho de que el mundo estuviera lleno de chalados no me sorprendía más que el hecho de que estuviera lleno de pesados.

Pero luego estaban las otras cartas. Llevaban remites de toda Nueva Inglaterra, y de más allá: Portland, Bristol, Boston, Burlington, Derry, Chicopee, Hartford, Providence, Pittsfield... Y de ciudades de Nueva York y de Pensilvania. Eran de personas que, en todos los casos, vivían cerca de casas museos de escritores y que me pedían que quemara aquellas casas. Un señor de New London, Connecticut, quería que prendiera fuego a la casa de Eugene O’Neil, porque éste había sido un borracho de mucho cuidado y era un mal ejemplo para los escolares que acudían a visitarla, y que necesitaban unos modelos más positivos ahora y

aquí. Una mujer de Lenox, Massachusetts, quería que incendiara la casa museo de Edith Wharton, porque quienes acudían a visitarla aparcaban delante del buzón de la mujer, y porque, en su opinión, Wharton había sido siempre una quejica y una farsante. Un granjero de Cooperstown, Nueva York, me pedía que echara gasolina por la chimenea de la casa museo de James Fenimore Cooper, porque ese granjero no soportaba la idea de que alguien perteneciera a una familia tan rica cuando la suya era tan pobre. «Yo lo he tenido más difícil que Cooper en toda su vida –me escribía–. Esa familia tiene dinero hasta las cejas, y cobran diez dólares por la entrada, y la gente los paga. ¿Por qué no nos hace el favor de quemar hasta los cimientos la casa de ese hijo de puta? Le pagaremos, no se crea. Le enviaré parte de nuestro ganado si hace falta. Espero impaciente su respuesta.»

Había más cartas, y todas pedían lo mismo. Todos querían que incendiara las casas museos de determinados escritores muertos: Mark Twain, Louisa May Alcott, Robert Lowell, Nathaniel Hawthorne. Algunos de los autores de aquellas misivas querían que quemara casas de escritores de los que no había oído hablar en mi vida. Todos se mostraban dispuestos a esperar a que saliera de la cárcel. Todos se mostraban dispuestos a pagarme.

–¡Vaya! –le dije a mi padre cuando terminé de leer.

Él llevaba un rato callado. Resultaba curioso que cuando mi madre estaba presente, mi padre se mostrara siempre pusilánime y blando; un ser humano débil, innecesario y casi necio. Pero esa noche, en su estudio, con aquellas cartas, a mí me pareció sensato, silencioso e imponente como un Buda con gafas de montura fina. Fui consciente de la trascendencia de la situación, la notaba en la garganta, en la cara, en todas partes.

–¿Por qué no me hablaste de estas cartas cuando estaba en la cárcel? –Mi padre me miró, pero no me dijo nada. Aquello era una especie de examen, porque eso es, claro está, lo que hacen los sensatos: examinar a los insensatos para que lo sean menos–. Querías protegerme –añadí, y él asintió. Me animó saber que podía pro-

porcionarle la respuesta correcta, de modo que insistí—. Querías protegerme de esa gente que piensa que soy un pirómano.

Mi padre ya no pudo dejar pasar ésa. Entró en conflicto con su buen juicio, forcejeó con su boca, que se abrió y se cerró más de diez veces sin que de ella brotara el menor sonido. Era como observar a Atlas preparándose para alzar esa gran roca que hoy habitamos. Finalmente lo soltó y con tristeza, con profunda tristeza, dijo:

—Sam, es que eres un pirómano.

Cómo me dolió aquello. Pero era verdad, y a mí me hacía falta oírlo, me hacía falta que mi padre me lo dijera, del mismo modo en que a todos nos hace falta que nuestros padres nos digan la verdad, del mismo modo en que yo también se la diré a mis hijos, algún día. Y algún día mis hijos me harán lo que yo le hice a mi padre. Negarán la verdad.

—Te equivocas —le dije—. Yo soy un alumno universitario.

Tapé la caja de zapatos, se la entregué y salí de su estudio sin darle tiempo a que dijera nada más. Cuando volví a meterme en la cama, me prometí a mí mismo no pensar nunca más en aquellas cartas. «Olvídate de ellas», me ordené de nuevo. Y creí que podría lograrlo. Después de todo, ¿no era en eso en lo que consistía la universidad? ¿En vaciar la mente de las cosas que no querías recordar y llenarla de cosas nuevas, para que las cosas viejas, indeseadas, no tuvieran sitio para volver a asomarse?

Dos semanas después me fui de casa para iniciar mis estudios. Pasaron diez años hasta que volví a ver a mis padres, diez años hasta que releí aquellas cartas, diez años hasta que conocí a algunas de las personas que las habían escrito, diez años hasta que descubrí cosas de mis padres que jamás sospeché y que jamás quise saber, diez años hasta que volví a la cárcel, diez años hasta que lo que pasó, pasó.

Pero me estoy anticipando. La universidad: como las fechas de matriculación estaban ya muy avanzadas, me inscribí en la única que me aceptó: Nuestra Señora del Lago, en Springfield, a unos

treinta kilómetros al sur de Amherst. Se trataba de una universidad católica que desde hacía poco aceptaba a hombres porque, al parecer, en el mundo occidental no quedaban bastantes mujeres dispuestas a pagar un montón de dinero para que las educaran sin hombres a la vista, exceptuando a Jesús y sus sacerdotes. Y ni siquiera éstos, que teóricamente dirigían la institución, querían dar clases en ella. Algunas monjas sin más que hacer que repartir la comunión durante las primeras misas –las que menos fieles congregaban– daban un par de asignaturas –Religiones del mundo 101 y 102–, pero el resto de las materias las impartían profesores normales, no religiosos, que no encontraban trabajo en ningún otro sitio.

Primero me matriculé en Filología Inglesa, porque sabía de la decepción y el dolor que había causado a mis padres, y quería que estuvieran orgullosos de mí a pesar de todo lo que había ocurrido. Además, cuando era pequeño mi madre siempre me leía cosas, y cuando crecí un poco me hizo leer todos los libros importantes, y me explicaba con todo lujo de detalles por qué aquellos libros eran tan importantes, de modo que supuse que, por lo menos, contaba con la formación y el entorno necesarios para aprobar. Además, estaban los analistas de bonos con sus memorias y sus relatos: ellos no se cansaban nunca de hablar de sí mismos. «¿Y de quién vamos a hablar si no?», parecía ser su actitud, y si lo hacían, tal vez era por algo. Tal vez, pensaba yo, leyendo las historias de otros, podría entender algo de las mías.

Pero aquello no salió bien. Esas cosas nunca salen bien. El pasado no puede repetirse, y los libros que en otro tiempo me parecían tan importantes y cargados de sabiduría, ahora me parecían corrientes en extremo, y no lograba concentrarme en ellos. En lugar de pensar si *El Gran Gatsby* era o no era genial, me obsesionaba con los hilillos de queso fundido que se le pegaban en la barba al doctor Melton. Y luego pasó que estábamos leyendo poesía de Dickinson y la profesora comentó que nos habría llevado a ver la casa museo de la escritora, pero que hacía unos años

la habían incendiado, y mientras trataba de recordar el nombre del pirómano, me di cuenta de que no, de que yo no quería contar mi historia, de que ya me la sabía de memoria. Así que, para interrumpirla y huir de aquella incómoda línea de investigación, fingí un ataque de tos y me metí corriendo en el baño, y ya no volví a aquella asignatura en todo el semestre, y si me pusieron un insuficiente en vez de un muy deficiente fue por lo mismo por lo que me pusieron un insuficiente y no un muy deficiente en el resto de las asignaturas, porque les convenía que todos los alumnos pagaran las matrículas al año siguiente. Y lo cierto era que la universidad daba pena: los pasillos estaban llenos de desconchados, los falsos techos se abombaban, y hasta a los crucifijos de las aulas les habría venido bien alguna que otra reparación.

Las malas notas fueron un motivo para dejar la carrera de Filología Inglesa, pero había otro motivo, un motivo más importante: no me quitaba de encima la sensación de que yo debería estar haciendo otra cosa, algo que no me había planteado siquiera, algo nuevo, mejor. Me encontraba, pongamos por caso, en clase de Literatura Medieval, aprendiendo, supuestamente, a hablar el inglés antiguo que hablaban Beowulf y Grendel, y oía sin parar una voz en mi cabeza que me decía: «Ha de haber algo más». Y que preguntaba: «¿Qué más? ¿Qué más?». Aquello fue toda una sorpresa para mí, porque yo no había sido nunca una persona sacrificada, y nunca en mi vida me había formulado aquella pregunta, «¿Qué más?», en voz alta. Pero dentro de mi cabeza se repetía aquella voz, que la formulaba por mí.

Así que, resumiendo, dejé la literatura y a la gente que la escribía –para siempre, o eso creía–, y me matriculé en Ciencias del Envasado. Aquél fue un cambio positivo por tres motivos: uno, era poco probable que un técnico en envasado supiera que yo había prendido fuego a la casa museo de Emily Dickinson, o que supiera siquiera quién era Emily Dickinson, o que le importara lo más mínimo. Dos, se me daba bien recordar qué materiales eran más adecuados para envasar los distintos tipos de objetos frágiles, y com-

prendía de inmediato por qué era mejor que las bolsas individuales de patatas fritas se abrieran verticalmente, y que las de tamaño familiar, en cambio, se abrieran horizontalmente, y dónde había que colocar la lengüeta para facilitar cada tipo de apertura. En la carrera de envasado nunca obtuve una nota inferior al notable, y completé los cuatro cursos en dos años. Inmediatamente después de salir de la facultad encontré un trabajo relacionado con mis estudios, como controlador en el Departamento de Desarrollo de Productos de la Pioneer Packaging, que estaba en Agawam, a las afueras de Springfield.

Así que ésas fueron dos consecuencias positivas de cambiar de carrera. La tercera fue que conocí a mi mujer.

Mi mujer se llamaba (y se llama) Anne Marie, y la conocí durante el seminario de fin de carrera, la asignatura en la que, finalmente, presentas y defiendes un proyecto, y escoges tu camino, etcétera. Anne Marie era guapa, tenía un tipo extraordinario, era alta, muy alta, con unas piernas largas que parecían siempre a punto de separarse del tronco, y un pelo precioso, negro y rizado, que siempre llevaba recogido en una coleta alta. Su sonrisa, inteligente, era tan bonita que te daba igual que te hiciera sentir como un tonto. ¿Qué más? En momentos que invitaban a la contemplación, Anne Marie fumaba aquellos cigarrillos largos y delgados que, según mi experiencia como observador de mujeres, sólo tienden a fumar las mujeres muy altas y muy delgadas. En conjunto, parecía una diosa italiana, lo que tenía su lógica, pues su apellido era Mirabelli, y su familia era originaria de Bolonia.

En cuanto a mí: de niño era alto y delgado, pero tenía la cabeza grande. Parecía una cerilla puesta de pie. En la cárcel levanté pesas, y se me notaba un poco, pues me aparecieron músculos que ni sabía que tenía. Aunque en eso también era un metepatas. Mi cara es mi rasgo más prominente: es roja, y unas veces parece saludable, curtida por los elementos, llena de lo que podría llamarse vida, y otras veces se ve, simplemente, inflamada. Si me

ruborizara, en una noche oscura podríais orientaros siguiendo el resplandor que emitiría mi rostro. Pero en la Universidad del Yo me habían advertido contra un exceso de autoexigencia, de modo que debería decir, más bien, que, en conjunto, soy un hombre corriente tirando a guapo. Los dientes los tengo sólo un poco torcidos, y casi todos ellos blancos. Conservo casi todo el pelo, que es rizado y castaño. Tenía el pecho hundido cuando era niño, pero si uno se fija, casi todos los niños lo tienen así, y además las pesas que levanté en la cárcel me ayudaron en ese aspecto. No tengo las piernas tan flacas como antes. Han ganado en definición y les han salido músculos. La nariz sería romana si fuera más pequeña. Y aunque me acerco a lo que está tipificado como discapacidad visual, no debo cubrir con gafas mis ojos azules, penetrantes, porque llevo lentillas. Mis ojos son de esos que se te clavan en el alma, cuando llevo las lentillas puestas. Pero, aun así, no era lo que se diría guapo. Y además era virgen, no lo olvidéis, y por todo ello nunca había hablado con Anne Marie, aunque habíamos coincidido en cinco asignaturas: Anne Marie era demasiado guapa para que yo hablara con ella.

–Qué tontería –me dijo ella cuando, ya casados, se lo conté–. Yo no era demasiado guapa para que tú hablaras conmigo. Eso nunca lo pensé. Nunca.

–Si no creías que eras demasiado guapa –le pregunté yo–, ¿por qué no te acercaste nunca a hablar conmigo?

–Buena pregunta –dijo ella, pero no la respondió.

Pero volvamos al seminario de fin de carrera, donde debíamos escoger nuestros caminos: Anne Marie escogió el camino de las tapas; esas tapas de plástico con que se cubren las bebidas para llevar, los vasos de café y de refrescos. Era la primavera del último año de carrera, y Anne Marie había tenido mala suerte, porque le había tocado presentar su proyecto inmediatamente después de James Magali, el único estudiante varón de Nuestra Señora del Lago, sin contarme a mí, que pronunció una charla magistral sobre la tecnología de los dispensadores de jabón. James era de Costa de

Marfil, y apenas licenciado entró a trabajar en Ivory Soap,<sup>2</sup> aunque en realidad no creo que tenga nada que ver una cosa con otra.

El seminario lo daba el profesor Eisner, un hombre casi calvo que parecía un anuncio ambulante de frentes despejadas y que, según se rumoreaba, la había cagado con un envoltorio innovador de compresas, lo que le había costado a Procter & Gamble uno o dos millones de dólares; ése era, según se rumoreaba, el motivo de que hubiera acabado dándonos clase a nosotros. El profesor Eisner se deshizo en elogios tras la presentación de James, pero no tras la de Anne Marie. Destacó algunos defectos estructurales de sus diseños de tapa; le preguntó, retóricamente, si sabía qué era que el café no fuera a parar a la boca, sino a la barbilla, y que descendiera por el cuello; le preguntó si no había aprendido nada en los cuatro años que llevaba en la Facultad de Ciencias del Envasado; le preguntó si tenía pensado un plan B para cuando no le llovieran las ofertas de las empresas más prestigiosas. Porque lloverle, lo que se decía lloverle, no le iban a llover.

Es verdad que Anne Marie no era exactamente una técnica en envasado extraordinariamente dotada, y también lo es que sus tapas, si hubieran llegado a fabricarse (lo que no sucedió), habrían quemado algunas caras y derivado en algunas querellas. Pero, aun así, no me gustaba el trato que Eisner le estaba dispensando. Miré a Anne Marie, y aunque no parecía nada afectada, en absoluto al borde de las lágrimas –era una chica dura, y todavía lo es–, vi que se tocaba el crucifijo de oro que llevaba al cuello con nerviosismo, y a mí me pareció que debía salir en su defensa.

–Eh, profesor Eisner –dije–. No se pase. Sea más amable.

Es cierto que eso no lo dije a voz en cuello, y es posible que el profesor Eisner no me oyera en absoluto, porque sin más pasó a la siguiente presentación, pero lo importante fue que Anne Marie sí me oyó.

–Gracias –me dijo después de clase.

2. Jabones Marfil. (*N. del T.*)

–¿Por qué? –le pregunté, aunque sabía perfectamente, claro, que había dicho lo que había dicho para que ella me diera las gracias, pues no existen motivos puros en mí, ni en nadie. No me lo creo.

–Por defenderme.

–De nada. ¿Te apetecería ir a cenar?

–¿Contigo?

Ella se expresaba así –secamente, y siempre en busca de la verdad más descarnada–, y no quería decir que albergara sentimientos negativos hacia mí. Prueba de ello es que fuimos a cenar a un restaurante alemán de Springfield, el Student Prince. Ella era de las pocas italianas a las que les gustaba la comida alemana. No había manera de sacarla de la bandeja de salchichas de Múnich, y ése fue precisamente uno de los motivos por los que me enamoré de ella. Un mes después pasamos la noche juntos en mi apartamento, que estaba justo encima del Student Prince. Debo de haber heredado algo del pudor de mis padres, porque sobre el sexo con ella sólo diré que me gustó, y también que, a pesar de ello, eché de menos mi virginidad, tal vez por haberla mantenido durante tanto tiempo. Y así, justo después de terminar –tenía la cara tan colorada y caliente que parecía radioactiva– le dije a Anne Marie:

–Era virgen.

–Oh, cariño –dijo ella–. Yo no.

Posó la mano en mi mejilla ardiente, y me miró con tristeza y con ternura en los ojos, con lástima al pensar en el virgen de treinta y un años que había dejado de serlo. Yo nunca había visto a nadie tan emocionado, tan entregado a una emoción auténtica, de modo que le pregunté:

–¿Quieres casarte conmigo?

–Sí –me respondió ella.

Tal vez hubiera lástima en aquellos ojos expresivos, pero también había amor. Según mi experiencia, el amor no puede separarse del todo de la lástima, ni nos gustaría que así fuera.

Avanzo deprisa: los dos nos licenciamos. Unos meses después ya estábamos casados. La ceremonia fue en Saint Mary, el banquete en el Red Rose del South End. Lo pagó la familia de Anne Marie, que asistió (por lo que acabó haciéndose cargo de los gastos), a diferencia de la mía, que no lo hizo, sobre todo porque yo no se lo comuniqué. Cuando Anne Marie me preguntó: «¿Por qué no invitas a tus padres a la boda?», yo le respondí: «Porque están muertos».

–¿Cómo? –quiso saber ella–. ¿Por qué?

–Su casa se quemó –le expliqué–. Y ellos murieron en el incendio.

Eso demuestra que los seres humanos contamos con un número limitado de ideas y que, como veréis, aquello acabó pareciéndose bastante a la verdad. En cualquier caso, mi respuesta pareció satisfacer a Anne Marie. Pero la verdad era más complicada, la verdad era que yo oía aquella voz dentro de mi cabeza que me preguntaba: «¿Qué más? ¿Qué más?», y no estaba seguro de si era mi voz o la de mis padres.

Anne Marie y yo fuimos a Quebec a pasar la luna de miel, y como era diciembre y hacía frío, patinamos, lo que me llevó a recordar a mis padres aplaudiéndome cuando yo patinaba en el estanque del campo de golf, hacía tantos años, y lo agradable que era. También debería haberme llevado a recordar lo mal que acabamos mis padres y yo, pero yo era yo, y Anne Marie era Anne Marie, y nosotros no éramos mis padres, y aquello no era un estanque, sino el caudaloso río Sain-Laurent, que se había helado por primera vez en no se sabía cuánto tiempo, y todo el mundo hablaba francés, y las cosas eran lo bastante diferentes como para que yo creyera que la historia no ha de repetirse necesariamente, y que el destino de un hombre está en su carácter, no en su dotación genética. Aquella noche lo hablamos en nuestra habitación del Château Frontenac, y Anne Marie estaba muy convencida, así que decidimos fabricar un bebé.

Y lo fabricamos. Fue una niña. Le pusimos Katherine, no por nadie en especial. Cuando nació, yo ya había empezado a desta-

car en Pioneer Packaging, contribuyendo a crear unos contenedores anticongelantes más traslúcidos de lo que hasta entonces parecía posible. Katherine fue una niña buena: lloraba, pero sólo para informarte de que no había dejado de respirar, y nunca nos dio mucho la lata, ni a nosotros ni a los vecinos de abajo, los del Student Prince. Muchas veces, cuando empezaban a salirle los dientes, nos subían platos de *schnitzel* frío para que ella los mordiera. Durante nuestras primeras Navidades, colgamos luces intermitentes en las ventanas, y en Nochebuena los señores Goerman, que llevaban cincuenta años regentando el restaurante, nos subieron pescado a la crema y varias botellas de vino del Rin, y brindamos por el cumpleaños del Niño Jesús y, en general, aquél fuera tal vez nuestro momento más feliz.

Dos años después tuvimos otro hijo, un niño al que llamamos Christian, por el padre de Anne Marie, y de pronto el apartamento que tanto nos gustaba se hizo pequeño, y de pronto los olores del restaurante de abajo se nos hicieron demasiado penetrantes, y empezamos a comer tortas de patata hasta en sueños. Un día, Anne Marie se acercó a mí convertida en una versión menos alegre, más cansada, de la mujer con la que me había casado hacía apenas tres años, y los gritos de Christian se oían de fondo, como los de un dinosaurio alado que se resistiera a extinguirse, y me dijo:

—Necesitamos más espacio.

Y tenía razón, lo necesitábamos. Pero ¿dónde? Springfield nos gustaba, pero allí se habían instalado los puertorriqueños, y los padres de Anne Marie y otros italianos se habían trasladado a West Springfield, a Ludlow y a otros sitios, y aunque no queríamos vivir donde vivían ellos, tampoco queríamos vivir en Springfield; no porque los puertorriqueños fueran vecinos nuestros, sino por lo que dirían los Mirabelli cuando vinieran a visitarnos. Ésa era una de las cosas que me enseñaron en la Universidad del Yo: a evitar el sufrimiento, aunque fuera a costa de renunciar a los principios; y era una de las cosas en las que tenían razón.

De modo que Springfield quedó descartado. Pero en algún sitio teníamos que vivir. Un día Anne Marie me dijo:

–He oído que Amherst es bonito. ¿Y si nos fuéramos a Amherst?

Llegado a este punto debo decir que no le había contado nada a Anne Marie sobre mi pasado, y en ese momento sentí grandes deseos de hacerlo. Habría querido explicárselo todo –lo de la casa museo de Emily Dickinson, que la incendié y que, sin querer, maté a dos personas–; por cierto, no era la primera vez que deseaba contárselo. Debería haberlo hecho de entrada, eso lo sé ahora, y ya lo sabía en su momento, pero el amor recién estrenado es muy frágil, y yo pensé que esperaría a que creciera más y se fortaleciera. Pero luego pasó el tiempo, siguió pasando el tiempo, y a mi crimen se añadió el crimen de llevar tanto tiempo sin contárselo, y las cosas se complicaron tanto que ya no podía decirle la verdad.

De modo que le respondí que sí, que Amherst estaba bien. ¿Por qué no? Metimos a los niños en el monovolumen y nos fuimos a Amherst. Durante el trayecto me convencí a mí mismo de varias cosas, todas ellas insensatas. Me dije que llegaríamos a la ciudad y encontraríamos una preciosa casa antigua al estilo de Nueva Inglaterra, en la zona antigua de Amherst, que nos trasladaríamos a vivir a ella, y que luego yo me presentaría a mí mismo, con mi casa, mi esposa, mis hijos y mi trabajo, a mis padres, que para entonces ya habrían empezado a echarme de menos. «He cambiado», les diría. Y ellos replicarían: «Nosotros también. Bienvenido a casa». Porque el corazón tiene razones que la razón no entiende, y el mío me decía: «No seas tonto. Te han perdonado, todos te han perdonado». Y me decía: «Ya es momento, ya es momento, ya es momento».

Pero no, no era momento. Llegamos a Amherst un viernes, y la ciudad estaba exactamente como la recordaba: las calles frondosas, prósperas, llenas de tantos todoterreno de la marca Volvo que parecían champiñones brotados de una cueva; las casas, de dos-

cientos años de antigüedad, con sus jardines delanteros deliberadamente descuidados llenos de lirios, crisantemos azules, abedules y placas históricas; los universitarios blancos con sus rastas, jugando a elaboradas partidas de *frisbee* en el prado del gran parque municipal; las iglesias blancas, de madera, de los congregacionistas, y las de granito de los episcopalianos, y los chapiteles altísimos de la universidad, visibles desde todas partes, elevándose por encima de las copas de los árboles; las alumnas pulcras, apenas vestidas con sus ropas de deporte; y los profesores, con sus zapatillas náuticas y sus mocasines, que se tomaban el café sentados en conjuntos de sillas y mesas de jardín, de hierro forjado, de esos que parecen demasiado delicados para sentarse en ellos, por más que ellos fueran también tan delgados como la mayoría de las alumnas. A mí todo aquello me resultaba familiar, pero ni me alegraba ni me hacía sentirme en casa; me hacía sentir como un primo lejano, que era lo más parecido a no ser primo, en realidad. Te excluían de modo permanente de un lazo de sangre, y a mí me habían excluido de Amherst por haber incendiado la casa con más solera, la más importante y hermosa de la ciudad, y por haber matado a dos de sus ciudadanos calzados con mocasines. Un primo lejano no era un primo; un ciudadano criminal no era un ciudadano.

Aquello fue una gran decepción, la mayor de las decepciones, porque yo había estudiado Ciencias del Envasado y me había olvidado de mi literatura, había olvidado que uno nunca puede regresar a casa, y creía que Amherst –la ciudad en la que me había criado, la ciudad en la que se habían criado mis padres, la ciudad en la que las familias de los dos llevaban doscientos años viviendo– seguiría siendo mi ciudad. ¿Cómo podía ser de otro modo? ¿Acaso no era yo el hijo pródigo ninguneado de la ciudad? ¿Acaso no necesitaban todos los pueblos y ciudades a alguien como yo, a alguien –como dice el himno– que estuviera perdido y que se hubiera encontrado? Pero al volante del monovolumen, sentía inequívocamente que Amherst no volvería a ser

mi casa, que la ciudad no lo resistiría, que no le hacía falta un hijo pródigo, que un hijo pródigo era precisamente lo que no le hacía falta. Pasamos junto al instituto en el que había estudiado secundaria; había barrotes en las ventanas donde antes de que yo fuera a la cárcel no los había, guardias armados y uniformados en la puerta, donde antes había ancianas voluntarias con silbatos, y yo imaginé que los barrotes y los guardias estaban ahí para proteger a los alumnos de mí, y no de algún adolescente enloquecido con el abrigo lleno de armamento casero. Y me parecía estar oyendo al director durante la charla de aquella misma mañana: «No fuimos lo bastante precavidos y él prendió fuego a la casa museo de Emily Dickinson y mató a dos personas. Pero ahora estamos preparados para recibirlo». Suponía que, después de clase, los alumnos y sus padres –y, por qué no, la ciudad entera– cogerían las antorchas y las forcas y, como en *Frankenstein*, me echarían de Amherst y me dejarían –tambaleante, gruñendo, monstruoso, con el cuerpo lleno de cicatrices y costurones y el tornillo atravesado en la cabeza, de lado a lado– vagando, perdido en un mundo raro, cruel, para no volver a saber de mí jamás.

–¿En qué estás pensando? –me preguntó Anne Marie con gesto alegre y expectante, distinto casi en todo al mío, sin duda.

–¡En forcas! –respondí–. ¡En antorchas! ¡En el Monstruo!

–¿Qué? ¿Qué dices?

–Nada.

Y seguí conduciendo en una especie de trance, y las palabras de Anne Marie, que me gritaba: «¡Espera!» y «¿Dónde vas?», y «¡Pero si todavía no hemos visto ninguna casa! ¡Para!», eran cosas salidas de un pasado lejano, borroso, y me costaba oírlas. Sí, seguí conduciendo, dejé atrás Chicopee Street, donde vivían mis padres, y salí de la ciudad, y durante cinco años me alegré de haberlo hecho. No tardamos en tomar la carretera 116 y en abandonar el término municipal de Amherst, y aquel paisaje también me resultaba familiar: las casas bajas de ladrillo en las que se alojaban los alumnos asiáticos de la universidad estatal, las lavanderías para

estudiantes, los colmados familiares y los diminutos videoclubs mal abastecidos que no pertenecían a ninguna franquicia y en los que nunca encontrabas las películas que querías. Pero al poco empezaron los cambios. En primer lugar, los ríos de macrotiendas: las tiendas enormes de material de jardinería, las tiendas enormes de juguetes, las tiendas enormes de muebles, los supermercados enormes, y demás. Los edificios que alojaban aquellos comercios eran de tan mala calidad en su construcción como grandes en tamaño, una especie de hangares de hojalata con unos estacionamientos tan grandes que la ciudad de Amherst entera habría cabido en cada uno de ellos sin problemas. Amherst no parecía tan grande como para justificar la existencia de todas aquellas macrotiendas y sus respectivos estacionamientos; era como construir un metro sin antes construir la ciudad encima.

Pero aquellas tiendas eran sólo el prelude de lo que de verdad había cambiado: lo que de verdad había cambiado eran las urbanizaciones que se extendían más allá de las tiendas, las urbanizaciones que ocupaban lo que diez años atrás habían sido sólo campos de trigo y de tabaco, urbanizaciones con carteles en las verjas de entrada en los que se leía «RESIDENCIAL MONACO», y «STONEHAVEN», y con calles con nombres como Princess Grace Way y Sheep Meadow Circle. Conduje por aquellas urbanizaciones, en busca de algún cartel de «EN VENTA», pero no encontré ninguno hasta que entramos en una urbanización que se llamaba «CAMELOT», o al menos eso ponía en el cartel de madera, recortado en forma de castillo.

Camelot era precioso. No había árboles por ninguna parte –como si le hubiera caído encima una bomba atómica, o como si se tratara de la obra maestra de la industria maderera–, y todas las casas eran idénticas, salvo por las fachadas construidas con láminas de vinilo, que en unos casos eran azules y en otros color arena del desierto. En los patios traseros se veían elaboradas cercas de madera, y pequeñas antenas parabólicas en todos los tejados, y sobre los caminos que conducían a las casas se extendía una

suave alfombra de asfalto, y no había grietas en las aceras con las que tropezar porque no había aceras, y todas las casas contaban con un garaje tan descomunal que podría haber sido una casa. Por todas partes se oía el rumor constante y balsámico de los cortacéspedes, a pesar de que la hierba todavía no había crecido en la mayoría de las casas, y no había ningún cortacésped a la vista, y los aspersores estaban activados a pesar de que estábamos a finales de septiembre y ya era tarde para regar, y el agua se arqueaba y bailaba entre las farolas, de las que parecía haber unas ciento cincuenta, todas encendidas, aunque fuera primera hora de la tarde.

—¡Hala! —dije yo.

—¿Hala qué? —dijo Anne Marie—. ¿Te refieres a esto? —Señaló una casa color tierra idéntica a las demás, salvo por el cartel de «EN VENTA» plantado sobre el césped.

Anne Marie y yo nos bajamos del monovolumen; los niños iban sentados en el asiento de atrás, y gritaban por algo, por todo, pero las ventanillas estaban subidas y sus gritos llegaban amortiguados y suaves, como la lluvia en los tejados.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó finalmente Anne Marie. En el tono de su voz, casi suspirado, se adivinaba cierto cansancio, que yo atribuí a la fatiga física, pero que podría haber sido resignación. Ojalá hubiera prestado más atención a Anne Marie en ese momento, pero no lo hice. ¿Por qué, por qué no lo hice? ¿Por qué no escuchamos a la gente a la que queremos? ¿Es por que sólo tenemos capacidad para escuchar una cantidad determinada de cosas, y son tantas las cosas importantes que hemos de decirnos a nosotros mismos?—. ¿Sam? ¿En qué estás pensando? —Volvió a preguntarme Anne Marie, porque no le había respondido, porque seguía pensando en Camelot y en la casa.

—Hola, vida —respondí.

—¿Estás llorando? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

Y sí, estaba llorando, porque era muy feliz, porque aquél era mi nuevo hogar, y porque era limpio y perfecto, y no era capaz

de imaginar que nadie fuera a conocerme en un lugar como ése, que nadie quisiera conocerme. Mis vecinos, si alguna vez venían a presentarse, y después de oír que yo era un pirómano y un asesino, se pondrían a hablar sobre las virtudes del césped de las Bermudas, comparado con la hierba de Kentucky. En Amherst yo no podría ser nunca normal, pero sí podría serlo en Camelot. Me sentía tan feliz, tan agradecido... Deseaba darle las gracias a alguien. Si hubiera visto a algún vecino por ahí, le habría dado las gracias. Pero no había ningún vecino a la vista; todos estaban en sus casas, ocupándose de sus asuntos, y aquélla era precisamente una de las razones por las que me sentía agradecido.

–Muchísimas gracias –le dije a Anne Marie.

–De nada, supongo –respondió ella, sin tener que preguntar qué le estaba agradeciendo, porque así era nuestro amor.

Llamamos a la inmobiliaria, compramos la casa y nos despedimos del apartamento que quedaba sobre el Student Prince (no sería un adiós para siempre, aunque entonces yo no lo sabía), y nos trasladamos a Camelot, y durante cinco años vivimos ahí, y yo iba y venía del trabajo en media hora, y los niños crecieron un poco, y Anne Marie consiguió un trabajo de media jornada como supervisora en la inmensa tienda de productos del hogar, y durante cinco años no hubo historia que contar, y fuimos lo bastante felices, tan felices como cabe esperar. Es cierto que a Anne Marie le costó unos meses encontrar la felicidad. Se pasó el primer año llorando, tras descubrir que la chimenea sólo era decorativa; se pasó el segundo año llorando, tras descubrir que podía atravesar las paredes de yeso con el índice, sin hacer demasiada fuerza, porque eran extremadamente delgadas, y lo hacía con frecuencia, para su horror, y seguramente la casa sigue estando llena de esos agujeros que lo atestiguan; se pasó el tercer año llorando, porque los vecinos seguían sin saber su nombre, ni ella el de ellos. En ese caso lloraba y lloraba, y no podía parar, y yo tuve que enviar a los niños a pasar una temporada con sus padres, hasta que ella lo solucionara. Pero, transcurrido un tiempo, incluso Anne Marie pa-

recía razonablemente feliz, y si la cárcel fue mi primer exilio no del todo desagradable del mundo, ése fue el segundo, y nadie, ni una vez siquiera, me reconoció como el hombre que había quemado la casa museo de Emily Dickinson, etcétera, y ni una sola vez oí aquella voz dentro de mí que me preguntaba: «¿Qué más? ¿Qué más?». Es decir, ni una sola vez hasta que el hombre a cuyos padres había matado sin querer en el incendio de la casa museo de Emily Dickinson se presentó ante mi puerta un día, y entonces la voz regresó, y yo volví a casa de mis padres y releí aquellas cartas, y luego los analistas de bonos aparecieron también y empezaron a ponerme las cosas muy difíciles, y luego la gente (¡yo no!, ¡yo no!) empezó a prender fuego a las casas museos de escritores por toda Nueva Inglaterra, y fue entonces cuando empezaron los problemas.

## 2

Primero fue lo de ese hombre, el hijo cuya madre (que era una de las guías de la casa museo de Emily Dickinson) y cuyo padre, al parecer, y sin yo saberlo, decidieron compartir unos momentos de intimidad, una vez concluida la jornada laboral, en el lecho de Emily Dickinson, la misma noche en que yo, sin querer, incendié la casa y los maté, hacía ya tantos años. Se presentó en casa a principios de noviembre, un sábado, lo que tenía su lógica, pues en Camelot no sucedía nada entre semana. Entre semana, todo el mundo iba al trabajo y se acostaba temprano, y se levantaba temprano, y el silencio era tal que nadie se atrevía a cortarse las uñas en el porche delantero por si el ruido molestaba a algún vecino.

Los fines de semana eran distintos, nuestra ocasión de demostrar que éramos capaces de verter gasolina de un bidón y echarla por un hueco, y de tirar de una cuerda y de hacer ruido, y de cortar el césped. Yo acababa de terminar de cortar el mío. No había mucho que decir al respecto. Mi césped era poco, y lo cortaba con un cortacésped como el que usaban mis vecinos; uno de aquellos cortacéspedes automáticos de la era espacial: te colocabas sobre una plataforma y lo guiabas mediante unas palancas que tenía en el manillar. El cortacésped se movía tan deprisa que parecía flotar, y de hecho hacía todo el trabajo solo. Aun así, yo había llegado a sudar un poco mientras lo manejaba, lo que me llevó a quitarme la camisa, lo que me causó ciertos problemas con